

JACQUELINE WINSPEAR

MAISIE DOBBS

Una detective con intuición

Traducción:

FERNANDO MATEO



MAEVA | NOIR

*Este libro está dedicado a la memoria
de mi abuelo paterno y a la de mi abuela materna.*

*John Jack Winspear sufrió serias heridas en las piernas
durante la batalla del Somme, en julio de 1916.
Después de su convalecencia, volvió a trabajar como vendedor
ambulante en la zona sudeste de Londres.*

*Clara Frances Clark, née Atterbury, trabajó en la sección
de municiones del arsenal de Woolwich durante la Primera Guerra
Mundial. Quedó parcialmente ciega a causa de una explosión
en la que murieron varias jóvenes que trabajaban en el mismo lugar.
Más tarde, Clara se casó y tuvo diez hijos.*

*Ahora él, enfermo, pasará unos años en distintos hospitales,
y hará lo que las reglas digan que es más prudente hacer,
y recibirá todo lo que allí puedan procurarle,
como si de una limosna se tratara.*

*Esta noche ha advertido hasta qué punto los ojos de las mujeres
se apartaban de él y se posaban en los hombres
que conservaban su fuerza y seguían enteros.
¡Qué frío hace y qué tarde es! ¿Por qué nadie viene
a llevarlo a su cama? ¿Por qué no viene nadie?*

Último párrafo de *Disabled*, de Wilfred Owen.
Redactado en Craiglockhart, hospital para oficiales
heridos durante la guerra, en octubre de 1917.
Owen murió en el campo de batalla el 4
de noviembre de 1918, una semana antes del armisticio.

Primavera de 1929

1

AUNQUE ELLA NO hubiera sido la última persona en atravesar el torniquete de la estación Warren Street del metro, de todos modos, Jack Barker habría prestado atención a aquella mujer alta y delgada enfundada en una chaqueta azul marino larga hasta las rodillas y una falda plisada a juego que revelaba unos tobillos atractivos. Tenía lo que su madre habría llamado «porte», ese modo de caminar con los hombros y la cabeza erguidos mientras se ponía unos guantes negros y, al mismo tiempo, se las arreglaba para no soltar un maletín negro algo gastado que se iba pasando de una mano a la otra.

—Niña rica —musitó Jack—. Vaya, tal vez estoy diciendo tonterías.

Jack decidió esperar a que la mujer pasara por su lado; así que comenzó a golpear el suelo con los pies en un vano intento por aventar el frío helador que le ascendía desde las botas claveteadas. Se agitó como si los abanicara con la media docena de ejemplares del *Daily Express*, que sostenía bajo el brazo, al advertir que un taxi frenaba chirriando junto a él, y una mano asomaba por la ventanilla y le tendía las monedas para pagar el periódico.

—Oh, espera... ¿Puedes darme el *Express*, por favor, cielo? —dijo una voz suave como una cucharada de miel.

El vendedor de periódicos alzó la vista lentamente y se encontró con unos ojos del color de una medianoche de verano con

un intenso matiz que le pareció más oscuro que el azul. La mujer le dio el dinero.

—Por supuesto, señorita. Aquí tiene. Hace un poco de frío esta mañana, ¿no le parece?

Ella sonrió y tomó el periódico.

—Yo diría que mucho —repuso mientras se volvía para alejarse—. Un frío que te cala hasta los huesos. Toma una buena taza de té cuanto antes.

Jack no habría sabido explicar por qué se quedó observándola mientras la mujer se alejaba por Warren Street; pero había algo que sí podía decir: por mucho porte que ella tuviese, a juzgar por la familiaridad con la que le había hablado, era evidente que no se trataba de una mujer rica.

Al final de la calle, Maisie Dobbs se detuvo ante la puerta negra de entrada de un edificio estilo georgiano un tanto deteriorado, se colocó el *Daily Express* debajo del brazo izquierdo, abrió con sumo cuidado el maletín y sacó un sobre que contenía una carta del propietario dirigida a ella y un par de llaves. La carta le recomendaba que le diera a la puerta de la calle un buen empujón después de hacer girar la llave en la cerradura, que encendiera con mucho cuidado la lámpara de gas que se encontraba al pie de la escalera, que prestase atención al último escalón del tramo que llevaba al primer piso, pues tenían que repararlo, y que por la noche, antes de marcharse, no se olvidara de cerrar con llave la puerta del apartamento. La carta le informaba, además, de que Billy Beale, el portero, se ocuparía de colocar una placa con su nombre en la parte exterior de la puerta, si así lo deseaba; aunque, sugería, tal vez prefiriera permanecer en el anonimato.

Maisie sonrió con sorna: «Necesito trabajar —se dijo—. No estoy aquí para permanecer en el anonimato». Sospechaba que el propietario, el señor Sharp,* no estaba a la altura de lo que

* En inglés, «listo», «inteligente». (N. del T.)

significaba su nombre, y que seguramente cada vez que la viera le haría la clase de preguntas que solo admiten una respuesta obvia. No obstante, sus recomendaciones eran razonables: la puerta, por supuesto, necesitaba un empujón; pero la lámpara de gas, una vez encendida, apenas iluminaba la lóbrega oscuridad del hueco de la escalera. Era evidente que había que cambiar algunas cosas, pero todo se haría a su debido tiempo. Por el momento, y aunque todavía no tenía ningún caso entre manos, Maisie debía ocuparse de otros muchos asuntos.

Después de haber salvado el último escalón, ya en el rellano, Maisie giró hacia la derecha y se encaminó directamente a la puerta pintada de marrón de la izquierda, que tenía un montante de cristal esmerilado y de cuyo pomo colgaba un cartel que rezaba: «Se alquila». Quitó el cartel, introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y respiró hondo antes de entrar en lo que sería su nuevo despacho. Era una habitación que contaba con una estufa de gas, sendas lámparas en las paredes y una ventana de guillotina desde la que se veía el edificio de la acera de enfrente. Y, más allá, los tejados de otras casas. Había también un escritorio de roble con una silla de dudosa estabilidad a juego y, a la derecha de la ventana, un antiguo archivador.

Lady Rowan Compton, su benefactora y expatrona, estaba en lo cierto: Warren Street no era una zona particularmente recomendable. Pero Maisie sabía que si jugaba bien sus cartas conseguiría pagar el alquiler, e incluso reservar algo de la suma que se había permitido retirar de los ahorros. No quería un despacho lujoso, pero tampoco un tugurio miserable. No, quería algo intermedio, algo que todo el mundo apreciara, algo céntrico pero que, al mismo tiempo, no estuviera en un punto neurálgico de la ciudad. Maisie se sentía cómoda en aquel pequeño rincón de Bloomsbury. Se decía que era posible sentarse a disfrutar de un té casi con cualquiera que anduviese rondando por la plaza, y cenar sentado a la misma mesa con una condesa y un

carpintero sin que ninguno de los dos se sintiera incómodo. Sí, por el momento, al menos, aquella zona le parecía un lugar bien situado. Lo difícil iba a ser lo de la placa. Ese era un problema que aún no había resuelto.

Lady Rowan se lo había planteado sin tapujos:

—Ahora dime, querida mía, ¿cómo te presentarás? Todos sabemos lo que haces, por supuesto, pero ¿cómo lo definirás? No puedes explicar lo que es obvio. «Hallazgo de personas desaparecidas, vivas o muertas, aun cuando sean ellas mismas las que se buscan» no estaría a la altura de las circunstancias. Tenemos que pensar en algo escueto, que ponga de relieve tus dotes personales.

—Había pensado en algo así como «Investigaciones discretas», *lady Rowan*. ¿Qué le parece?

—Pero eso no sirve para aclararle a nadie cómo utilizas tu mente, querida, que es lo que realmente haces.

—Lo cierto es que no utilizo mi mente, sino la de los demás. Yo me limito a hacer preguntas.

—¡Tonterías! ¿Qué te parece: «Investigaciones cerebrales discretas»?

Maisie sonrió y enarcó una ceja para mostrar con sarcasmo la consternación que despertaba en ella la sugerencia de la anciana. Se hallaba cómodamente sentada frente a la chimenea de la biblioteca de su expatrona, que tiempo atrás había limpiado con sus propias manos, por entonces ásperas y encallecidas como las de cualquier criada.

—No soy una neurocirujana. Voy a pensármelo mejor, *lady Rowan*. Quiero encontrar las palabras exactas.

La aristócrata de cabellera gris se inclinó hacia delante y le dio unas palmadas a Maisie en la rodilla.

—Estoy segura de que, decidas lo que decidas, estará muy bien, querida. Muy bien.

UNA SEMANA MÁS tarde, cuando Billy Beale, el portero, llamó a la puerta del despacho de Maisie y preguntó si debía instalar alguna placa identificatoria, ella le entregó una de bronce en la que se leía: «M. Dobbs. Investigaciones personales y comerciales».

—¿Dónde la quiere, señorita? ¿A la izquierda o a la derecha de la puerta?

Mientras se lo preguntaba, ladeó ligeramente la cabeza. Billy era un hombre de unos treinta años, robusto y fuerte, medía poco menos de un metro ochenta de estatura y tenía el cabello del color del trigo tostado por el sol. Parecía moverse con agilidad, pero se esforzaba por disimular una cojera que Maisie advirtió de inmediato.

—¿Dónde están puestas las otras?

—A la izquierda, señorita. Pero yo, si fuera usted, no la pondría ahí.

—¡Oh! ¿Y por qué no, señor Beale?

—Billy. Llámeme Billy. Verá, es que la gente no mira hacia la izquierda, ¿no lo ha notado? Mucho menos cuando ya han agarrado el pomo, que está a la derecha. Ese es el lugar al que siempre dirigen la mirada cuando suben la escalera. Primero, ven ese llamador con forma de cabeza de león, y luego el pomo, que está a la derecha. Yo creo que es mejor colocar la placa a la derecha. Eso, si usted quiere llegar a algún trato con ellos.

—De acuerdo, señor Beale. Coloquemos la placa a la derecha. Gracias.

—Billy, señorita. Llámeme Billy.

Así fue como Billy Beale se entregó a la tarea de instalar la placa de bronce. Maisie suspiró profundamente y se frotó el cuello en aquel punto exacto en que las preocupaciones parecían asentarse cuando trataban de adueñarse de ella.

—Señorita... —Billy, que asomaba la cabeza por el hueco de la puerta, dio unos golpes en el cristal mientras se quitaba la gorra.

—¿Qué pasa, señor Beale?

—Billy, señorita. ¿Me permite una palabra?

—Sí, pase. ¿De qué se trata?

—Señorita, ¿podría hacerle una pregunta? Es algo más bien personal. —El hombre continuó hablando sin esperar respuesta—. ¿Fue usted enfermera en un centro de atención a heridos de guerra en las afueras de Bailleul?

Maisie sintió una punzada de emoción y de inmediato se llevó una mano al pecho, pero ni su actitud ni sus palabras dejaron traslucir su inquietud.

—Sí. Sí, allí mismo.

—¡Lo sabía! —exclamó Billy golpeándose la pierna con la gorra—. Lo supe en el momento en que vi esos ojos. Es todo lo que recuerdo desde que me llevaron allí. Esos ojos suyos, señorita. El doctor me dijo que me concentrara en algo mientras él se ocupaba de mi pierna. Así que me dediqué a mirarle a los ojos, señorita. Usted y el doctor me salvaron la pierna. Tenía trozos de metralla incrustados, pero lograron curarme, por suerte. ¿Cómo se llamaba él?

Por un momento, Maisie notó que se le formaba un nudo en la garganta. Luego tragó saliva y se recompuso como pudo.

—Simon Lynch. Capitán Simon Lynch. Supongo que es a él a quien te refieres —añadió tuteándolo.

—Nunca me olvidé de ustedes, señorita. Nunca. Me salvaron la vida, nada menos.

Maisie asintió, esforzándose por mantener relegados sus sentimientos al sitio que había destinado para ellos en su corazón, con la idea de dejarlos aflorar solo cuando ella quisiera.

—Bien, señorita. Si necesita algo, lo que sea, no tiene más que pedírmelo. Soy su esclavo. Es una verdadera suerte para mí volver a verla, ¿no cree? ¡Oh, espere a que se lo cuente a la parienta! Si necesita algo, lo que sea, llámeme.

—Gracias. Muchas gracias. Si necesito algo te lo haré saber. Ah, Billy, gracias por ocuparte de la placa.

Billy Beale se ruborizó y asintió, se puso la gorra y abandonó el despacho.

«Salvo por la guerra —pensó Maisie—, hasta ahora he sido afortunada». Se sentó en la precaria silla de roble, se quitó los zapatos y se frotó los pies. Todavía sentía en ellos el frío, la humedad, la suciedad y la sangre de Francia. Desde 1917, hacía ya doce años, sus pies nunca habían vuelto a entibiarse.

Recordó a Simon sentado bajo un árbol en South Downs, en Sussex. De pronto le pareció que aquella imagen le llegaba desde otra vida. Les habían concedido un permiso a ambos al mismo tiempo, nada raro, por supuesto; pero difícil de adquirir a menos que uno tuviera contactos donde había que tenerlos. Era un día cálido, pero eso no bastaba para mantenerlos alejados del fragor de la lucha; aún podían oír el intenso retumbo del cañoneo en el campo de batalla que llegaba desde el otro lado del canal de la Mancha, un sonido amenazador que; a pesar de la tierra y el mar que los separaba del teatro de la guerra, no lograba disminuir. En aquella ocasión, Maisie se había quejado amargamente de la humedad de Francia: ya nunca lograría deshacerse de ella, se lamentó. Simon, con una sonrisa en los labios, le había quitado los zapatos y había empezado a masajearle los pies para calentárselos. «Por Dios, mujer —le dijo—, ¿cómo es posible que alguien esté tan frío y no esté muerto?».

Rieron de buena gana, pero enseguida se quedaron callados. La muerte, en tiempos así, no era cosa de risa.

2

EL PEQUEÑO DESPACHO había cambiado desde que Maisie se instaló en él treinta días antes. Habían movido el escritorio de lugar y ahora estaba colocado en ángulo con la amplia ventana, de modo que Maisie, desde la silla, podía echar una mirada a los tejados vecinos mientras trabajaba. Encima de él había un teléfono negro de lo más sofisticado. *Lady Rowan* había insistido en que era del todo necesario: «Nadie, absolutamente nadie —había dicho—, puede trabajar si no dispone de teléfono. Es esencial».

Maisie, por su parte, pensaba que lo esencial era que el sonido de su imponente campanilla se oyera un poco más a menudo. Además, en los últimos días Billy Beale se había ocupado de proponer algunas mejoras.

—Usted no puede recibir a futuros clientes y no ofrecerles una buena taza de té del mejor, ¿no le parece, señorita? Yo podría abrir ese aparador y colocar un hornillo. Tendría todo lo necesario para preparar el té. ¿Qué le parece, señorita? Puedo acercarme a la carpintería de mi amigo para conseguir la madera que necesitamos y extender la instalación de gas hasta allí.

—Me encanta la idea, Billy. Me encanta.

Suspiró. Al parecer, todos menos ella sabían lo que más le convenía. Por supuesto, lo hacían con la mejor de las intenciones, pero lo que Maisie necesitaba era conseguir algún cliente.

—¿Te adelanto el dinero para los materiales, Billy?

—No necesitamos dinero para esto —respondió él guiñándole un ojo y dándose un golpecito en un lado de la nariz con el dedo—. Ojos que no ven, corazón que no siente... No sé si me entiende, señorita.

Maisie enarcó una ceja y esbozó una sonrisa burlona.

—Lo entiendo muy bien, Billy. Hay quienes dicen: «El que no sabe es como el que no ve».

—Eso mismo, señorita. Déjelo de mi cuenta. En menos que canta un gallo lo tendrá todo listo para recibir a sus visitantes a lo grande.

Billy volvió a ponerse la gorra, se llevó dos dedos a la visera a modo de despedida y cerró la puerta a sus espaldas. Maisie se echó hacia atrás en su silla. Extenuada, se restregó los ojos y miró los tejados débilmente iluminados por la luz del atardecer. Observó el sol, que se ponía sin prisa, y lo imaginó calentando las costas de otro continente mientras dejaba tras de sí una estela rosada que seguiría envolviendo Londres hasta el fin de un largo día.

Maisie revisó sus notas y releyó un borrador del informe que estaba preparando. El caso en cuestión no era muy importante; pero había aprendido con Maurice Blanche a poner siempre por escrito minuciosamente todo cuanto observaba para valorarlo después. Durante su aprendizaje con él, Maurice había insistido en que nunca se tenía que confiar nada a la memoria; no había que dejar piedra sin remover y se debía apuntar hasta la mínima observación. Todo, absolutamente todo, hasta el color de los zapatos que usaba ese día la persona entrevistada, debía quedar consignado. Era imprescindible describir el clima, la dirección del viento, las flores que acababan de abrirse, lo que habían comido. Se debía señalar y archivar todo, «absolutamente y en su totalidad sin que falte nada», según le había enseñado su maestro. De hecho, Maisie pensaba que si hubiera atesorado un chelín cada vez que había escuchado la frase «absolutamente y en su totalidad» no habría tenido que trabajar nunca más en la vida.

Se frotó el cuello una vez más, cerró la carpeta cuyo contenido había estado consultando y estiró los brazos por encima de la cabeza. El grave repiqueteo del timbre del portal rompió el silencio. Al principio, Maisie pensó que alguien debía de haberlo pulsado por error. Desde que Billy lo había instalado, el nuevo dispositivo, que sonaba directamente en su despacho, se había hecho oír muy pocas veces.

Era cierto que ella había asistido a Maurice Blanche en sus investigaciones, y que cuando su maestro, a los setenta y seis años, decidió retirarse, le había legado su clientela; pero la realidad estaba demostrándole que el hecho de establecerse por su cuenta constituía para ella un verdadero desafío. El timbre volvió a sonar.

Se alisó la falda, se pasó la mano por la cabeza para poner en orden algún que otro mechón rebelde y bajó a toda prisa.

—Buenas... —El hombre vaciló y consultó un reloj que extrajo del bolsillo de su chaleco como si quisiera asegurarse de cuál era el saludo que correspondía a aquella hora del día—. Buenas noches. Mi nombre es Davenham. Christopher Davenham. He venido a ver al señor Dobbs. No he concertado cita, pero me aseguraron que me recibiría.

Era alto —Maisie calculó que debía de medir un metro noventa— y vestía un elegante traje de *tweed*. Además, se había quitado el sombrero para saludarla en el momento exacto y había vuelto a ponérselo de inmediato. Calzaba unos zapatos impecables, probablemente lustrados por su criado. Apretaba bajo el brazo un ejemplar de *The Times* enrollado del que sobresalían una o dos hojas de papel de escribir. «Sus propias notas», pensó Maisie. Llevaba el cabello, negro azabache, peinado hacia atrás y engominado, y el bigote recortado con gran pulcritud. Christopher Davenham debía de tener entre cuarenta y dos y cuarenta y tres años. No habían pasado más que unos segundos desde

que se presentara, pero Maisie ya lo tenía calado. Ese hombre no había combatido en la guerra. «Tal vez gracias a su profesión», decidió.

—Adelante, señor Davenham, por aquí. No he acordado ninguna cita para esta tarde, así que ha tenido suerte.

Maisie lo condujo hasta el despacho y lo invitó a tomar asiento en la nueva silla que había instalado frente a la suya, la misma que el chófer de *lady* Rowan le había llevado la semana anterior. Era otro de los regalos que había recibido para mejorar el aspecto de su lugar de trabajo.

Davenham miró a su alrededor, como si esperase que apareciera alguien más; pero en lugar de eso lo que sucedió fue que la joven se presentó.

—Maisie Dobbs. A sus órdenes, señor Davenham. —Volvió a señalarle la silla—. Tome asiento, por favor. Veamos. Ante todo, dígame cómo llegó hasta mí.

Christopher Davenham disimuló bastante bien su sorpresa: sacó un pañuelo de hilo de uno de los bolsillos de su chaqueta y tosió ligeramente sobre él. El pañuelo, recién lavado y planchado, estaba doblado con tal perfección que en sus pliegues no se advertía la menor asimetría. Davenham volvió a plegar el pañuelo respetando con minuciosidad las líneas marcadas por la plancha y se lo guardó de nuevo en el bolsillo.

—Señorita... Dobbs. Bien... Mmm, bien... Mi abogado me ha recomendado sus servicios.

—¿Quién es él? —Maisie inclinó la cabeza hacia un lado para subrayar la pregunta y, de paso, llevar la conversación a un terreno más práctico.

—Oh... Joseph Robinson, de Blackstone y Robinson.

Maisie asintió. *Lady* Rowan, una vez más. Joseph Robinson había sido su asesor jurídico durante más de cuarenta años. Era un hombre al que no le hacía ninguna gracia tratar con tontos. A menos que le pagaran, y muy bien.

—Robinson ha sido el abogado de mi familia durante años. Le seré franco, señorita Dobbs. Estoy sorprendido. Creía que era usted un hombre. Pero Robinson sabe lo que hace, así que continuemos.

—Sí, de acuerdo, señor Davenham. Tal vez quiera usted contarme el motivo de su visita.

—Se trata de mi esposa.

A Maisie se le hizo un nudo en el estómago. Oh, Dios, después de años de formación y de sus éxitos con Maurice Blanche, ¿era eso lo que le tocaba en suerte? ¿Un triángulo amoroso? De todos modos, se enderezó sobre la silla, dispuesta a escuchar con atención. Recordó el consejo de Blanche: «Lo extraordinario, lo fuera de lo común, suele ocultarse tras el camuflaje de lo corriente. Nunca des nada por sentado, Maisie».

—¿Qué es lo que ocurre con su esposa, señor Davenham?

—Creo... Creo ha puesto sus ojos en otra persona. He estado sospechándolo desde hace un tiempo y ahora, señorita Dobbs, debo saber si lo que me imagino es cierto.

Maisie se reclinó y miró a Christopher Davenham directamente a los ojos.

—Señor Davenham, ante todo debo decirle que tendré que formularle algunas preguntas. Puede que no le resulte fácil o cómodo responderlas. Estarán relacionadas con sus explicaciones, e incluso con sus propias respuestas. Forma parte de mi trabajo. Soy una profesional muy especial, tanto como la retribución que pido por mis servicios.

—El dinero no es problema, señorita Dobbs.

—Muy bien. Pero tal vez las preguntas lo sean.

—La escucho.

—Señor Davenham, dígame, por favor: ¿existe algún indicio de peso que le lleve a pensar que su esposa está traicionando su matrimonio?

—Los martes y los jueves, sin falta, se marcha de casa en cuanto yo me voy a la oficina. Luego, regresa justo a la hora en que suelo volver para recibirme.

—Señor Davenham, el hecho de que ella no esté en casa no es motivo para que usted sospeche que lo está engañando.

—Pero las mentiras, sí.

—Continúe. —Maisie apuntó algo en la libreta sin dejar de mirar a Davenham, una suerte de habilidad especial que a él lo incomodó bastante.

—Me dice que ha ido de compras, a visitar amigas o a ver a su madre, y después de averiguar si eso es cierto descubro que nada de todo aquello le llevó más de una hora, como mucho. Es evidente que solo se trata de una cortina de humo.

—Hay otras posibilidades, señor Davenham. ¿No puede ser que su esposa haya ido al médico? ¿No estará estudiando algo? ¿Qué otros motivos que expliquen sus ausencias ha investigado usted? Quizá sus ausencias tengan una explicación completamente inocente.

—Señorita Dobbs, ¿no es eso lo que usted debería averiguar? Sígalas y comprobará que estoy en lo cierto.

—Señor Davenham, seguir a una persona representa invadir su derecho a la privacidad. Si acepto este caso, y lo cierto es que soy libre de decidir al respecto, debo preguntarme algo más que quién hizo el qué y cuándo lo hizo. He de hacerme cargo de una responsabilidad que los involucra a usted y a su esposa de un modo que tal vez no haya tenido en cuenta. Dígame: ¿qué hará usted con la información que le procure?

—Bien, yo... la usaré. Mi abogado se ocupará de eso.

Maisie juntó las manos, las alzó y se las acercó a la nariz, como si estuviera a punto de pronunciar una plegaria.

—Quisiera hacerle otra pregunta: ¿qué valor tiene para usted su matrimonio?

—Vaya pregunta. ¿Cómo debo interpretarla?

—Es una pregunta a la que ha de responder si me hago cargo de la investigación.

—Para mí tiene un gran valor. Las promesas matrimoniales deben honrarse.

—¿Y qué valor adjudica usted a la comprensión, a la compasión, al perdón?

Davenham no respondió. Cruzó las piernas, se alisó el pantalón y se inclinó hacia delante para sacudirse con la mano una inexistente mota de polvo que yacía sobre unos zapatos impecablemente lustrados.

—¡Maldita sea! —exclamó luego.

—Señor Davenham...

—Señorita Dobbs, no carezco de compasión, pero también tengo mi orgullo. Mi esposa no me cuenta lo que realmente hace los días que sale de casa. Si he venido aquí es para enterarme de la verdad.

—Oh, sí. La verdad. Yo me ocuparé de averiguar lo que ocurre; pero antes, debe prometerme que cuando tenga listo mi informe, y usted sepa la verdad, discutiremos juntos qué hacer en el futuro.

—¿Qué quiere decir?

—La información que yo reúna estará dentro de un contexto. Analizaremos la situación a la luz de este, para que usted y su esposa puedan construir un futuro.

—Le aseguro que no entiendo qué se propone.

Maisie se puso de pie, dio unos pasos hasta la ventana y luego se volvió hacia su potencial cliente. Observó la mueca típica del labio superior rígido, percibió el malestar que sentía aquel hombre y captó al instante los sentimientos que lo embargaban. «Habla de orgullo —le dijo su intuición—, pero tiene el corazón herido».

—Mi trabajo es bastante más complejo de lo que usted tal vez se haya imaginado, señor Davenham. Soy responsable de la

seguridad de todas las partes involucradas, y eso es así incluso cuando trato con criminales.

Tardó un poco en responder. Maisie también permaneció en silencio, dándole tiempo para llegar a una decisión. Al cabo de un rato, dijo:

—Confío en Robinson, así que seguiré adelante.

Maisie regresó al escritorio, le echó una ojeada a sus notas, luego desvió la vista hacia los tejados en los que las palomas retornaban a sus recién construidos nidos y, finalmente, volvió a concentrar su atención en el hombre que aguardaba a que ella dijera algo sentado al otro lado del escritorio.

—De acuerdo, señor Davenham, yo también seguiré adelante. —Maisie esperó un momento, como si quisiera subrayar la aceptación del caso con otro breve espacio de tiempo—. Muy bien, comenzaremos con sus señas, ¿le parece bien?